



MANUEL BUENO Y SU VISIÓN NOVELESCA DEL 98



Antonio Cruz Casado

I. E. S. «MARQUÉS DE COMARES». LUCENA (CÓRDOBA)

La vida y la obra del escritor Manuel Bueno (1874-1936) no han gozado de mucha atención entre los críticos que se ocupan de la narrativa española del siglo XX. Las menciones de este novelista suelen aparecer con relación a dos aspectos: uno de carácter biográfico y otro referido a su inclusión entre los componentes de la generación del 98. Nos referimos, en el primer caso, al trágico episodio de la disputa de Bueno con Valle-Inclán, de la que resultó la amputación del brazo del escritor gallego y, en segundo lugar, a la inclusión por parte de Azorín, en alguno de sus artículos de principios de siglo, de Manuel Bueno entre los autores relevantes de aquella generación, extremo éste que luego se va olvidando en beneficio de otros pensadores y ensayistas quizás de más calidad o con mejor suerte en el mundo de la crítica literaria.

La divulgación de la primera cuestión, el incidente del Café de la Montaña, ocurrido en julio de 1899, se debe a Melchor Fernández Almagro, que recuerda el origen de la disputa y añade al respecto la siguiente descripción: «Manuel Bueno, según el testimonio del caricaturista Sancha, da un paso atrás y apresta el bastón que lleva. Valle-Inclán instantáneamente toma la botella del agua por el cuello y trata de aporrear a Bueno, salpicando a los circunstantes. El bastón de Bueno cae sobre el brazo izquierdo de Valle-Inclán. Este golpe, sin consecuencias, al parecer, y un «fracaso de cristales», sustancian la rápida disputa. Pero un gemelo del puño ha desgarrado la muñeca de Valle-Inclán. Éste se despreocupa de lesión tan leve y no se previene sobre la posible infección».¹ El resto, con el resultado de la amputación del brazo, es bien conocido; Gómez de la Serna añade que «a partir de ese momento sólo pensó el escritor [referido a Valle] en poder salir a la calle para matar a su desmochador»,² lo que parece haber sido un enfado momentáneo puesto que luego tenemos noticias de la amistad consecutiva entre ambos personajes, la falta de rencor por parte de Valle, con relación a Bueno, e incluso constatamos la existencia de una crítica bastante positiva del primero, en 1902, con respecto al libro de cuentos de su momentáneo agresor *A ras de tierra*, en la que afirma: «yo creo que a Manuel Bueno le espera un brillante porvenir en la novela. Para triunfar

¹ M. Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid: Editora Nacional, 1943, pág. 67.

² R. Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, Madrid: Espasa Calpe, 1969, 4ª, pág. 47.

sólo necesita acometer la empresa».³ No resultó muy acertado el pronóstico velleinclanesco, aunque sus novelas largas y cortas gozaron de una regular aceptación en su momento y actualmente⁴ se ven similares a otras muchas de la etapa anterior a la guerra civil.

Por lo que respecta a la inclusión de Bueno como integrante del 98, el hecho, como hemos indicado, se debe a Azorín, en los ensayos recogidos bajo el título «La generación del 98», que fueron en principio cuatro artículos periodísticos, aparecidos en distintos días del mes de febrero de 1913, en el *ABC* de Madrid, y que se encuentran ahora formando parte del libro *Clásicos y modernos*. Allí comenta Azorín que existen tres autores que influyen en todos los miembros de la generación, que son Gautier, Verlaine y Nietzsche, pero que además en cada uno de ellos se observan influencias particulares y concretas de otros escritores extranjeros; según indica,⁵ en Manuel Bueno influyen el famoso novelista francés Stendhal, el actualmente poco recordado ensayista George Brandès, de nacionalidad danesa,⁶ y el también ensayista, inglés en este caso y más conocido, John Ruskin.

Ignoramos hasta dónde pudo llegar la influencia de los autores apuntados, aunque en la novela *El sabor del pecado*, encontramos una mención de Stendhal referida al amor.⁷

Conforme avanzó el tiempo y se hicieron más estudios sobre la generación del 98, el nombre de Manuel Bueno fue desapareciendo de la nómina de los autores de este grupo; aún se menciona, junto con muchos otros, en el estudio⁸ de Pedro Laín Entralgo, *La generación del 98*, publicado en 1947. Sin embargo, Donald Shaw al referirse a estos autores menos conocidos, dice de Bueno que, junto con Silverio Lanza (Juan Bautista Amorós) y José María Salaverría, «han desaparecido [de la lista, de la nómina habitual] y deben contemplarse como estrellas apagadas de esa constelación literaria».⁹ Al respecto, el mismo Manuel Bueno señala en un artículo

³ Ramón del Valle-Inclán, *Colaboraciones periodísticas*, ed. Eliane Lavaud-Fage, Barcelona: Círculo de Lectores, 1992, pág. 87.

⁴ Existe ya una interesante tesis doctoral sobre el escritor: Gu Sok Chong Baek (*Vida y obra de Manuel Bueno Bengoechea*, Madrid: Universidad Complutense, 1996, 2 vols.), dirigida por la profesora Ángela Ena. Entre las aportaciones anteriores hay que mencionar la de Luis S. Granjel, «Manuel Bueno», *Maestros y amigos de la generación del 98*, Salamanca: Universidad, 1961, págs. 165-82.

⁵ Azorín, «La generación de 1898», *Clásicos y modernos*, Buenos Aires: Losada, 1971, 6ª, pág. 175.

⁶ Sobre el fallecimiento y la importancia de este personaje, cfr. el artículo de Ricardo Baeza, «Jorge Brandès, 'gran europeo'», en *Comprensión de Dostoiewsky y otros ensayos*, Barcelona: Editorial Juventud, 1935, pág. 257 y ss.

⁷ «El amor placer o el amor gusto, como diría Stendhal, no deja resonancias dramáticas más que cuando se realiza íntegramente. Entonces, la carne insatisfecha, se produce como el estómago falto de alimento; lo reclama. La memoria del instinto es tan sensible y exigente como la del cerebro y cuando se apodera de una imagen que le es grata, la defiende», Manuel Bueno, *El sabor del pecado*, Barcelona: Araluce, 1935, 2ª ed., pág. 340.

⁸ Pedro Laín Entralgo, *La generación del 98*, Madrid: Espasa Calpe, 1975, 8ª ed., pág. 29.

⁹ Donald Shaw, *La generación del 98*, Madrid: Cátedra, 1977, pág. 17.

de 1935: «he sido apéndice de poco relieve de la generación del 98».¹⁰ También encontramos, en el sentido contrario, elogios y apologías de principios de siglo que hoy se nos han quedado anticuadas pero que en su momento pudieron ser representativas de una corriente de opinión, como la de Prudencio Iglesias Hermida, que afirma, hacia 1914: «Yo creo que no hay en España, ni ha habido en ninguna época, estilista que domine con mayor facilidad el idioma [que Manuel Bueno ...] Jamás, en ninguna época, se escribió mejor que escribe este hombre. Y pocas veces una prosa tan tersa, tan flexible y tan elástica tuvo por brújula un cerebro tan poderosamente organizado».¹¹

Por su edad, Bueno está inmerso en los acontecimientos del 98, como uno más de los jóvenes intelectuales de la época. Había nacido en Pau, en 1874, y es, por lo tanto, un año mayor que Antonio Machado. Con unos 20 años se traslada a Madrid para vivir de la profesión periodística y allí se hace amigo de diversos escritores del momento, como Maeztu, Valle, Benavente, Marquina, etc. Con unos 24 años asiste de cerca, como periodista y escritor, a la crisis de fin de siglo. A lo largo de su vida, como hemos indicado, publicó libros de cuentos, novelas cortas y una amplísima colección de artículos periodísticos; tenía casi sesenta años cuando empezó a componer novelas largas.

Curiosamente en dos de sus últimas novelas vuelve a recrear este escritor el ambiente de su juventud, tal como puede verse en *Poniente solar* (1931) y en *Los nietos de Dantón* (1936). La primera de estas novelas es casi la única a la que tiene acceso relativamente fácil el lector de nuestros días,¹² en tanto que la otra, su última novela, no ha tenido reedición alguna que sepamos.

El título de *Poniente solar* es claramente simbólico en su significado, alusivo al declive y a la decadencia histórica del 98, y algún crítico lo ha relacionado con un poema de Manuel Machado, referido a *La infanta Margarita*, cuadro pintado por Velázquez, en el que se indica en términos parecidos este concepto: «Poniente

¹⁰ Manuel Bueno, «Intermedios. De usted para mí...», *ABC*, Madrid, 18 de diciembre de 1935, *apud* Gu Sok Chong Baek, *Vida y obra de Manuel Bueno Bengoechea*, *op. cit.*, pág. 168.

¹¹ Prudencio Iglesias Hermida, *Hombres y cosas de mi patria y de mi tiempo*, Madrid: Imprenta artística de Sáez Hermanos, 1914, pág. 110. Entre otras cuestiones, este crítico añade a continuación: «Manuel Bueno es grande. Solamente en una tierra como ésta en la que los valores intelectuales están absurdamente cotizados, puede darse el caso de que el formidable escritor no sea académico de la lengua; y el caso estupendo de que este hombre, metido por necesidad, sin duda, en las encrucijadas de la política, no sea ya ministro de la Corona. ¿Qué tierra es ésta donde los más brutos son casi siempre los que llegan más alto? [Siguen referencias negativas a Ricardo León y al «joven Quintero», que son académicos, y positivas a Azorín y a Bueno]. Manuel Bueno ha dicho cosas que vivirán mucho más que los hombres que las inspiran. Lo de *Shakespeare de la Mahonesa*, enderezado contra Gregorio Martínez Sierra, es una prueba de lo que afirmo», *ibid.*, págs. 110-11.

¹² Se encuentra en el vol. VIII de la colección de Joaquín de Entrambasaguas, *Las mejores novelas contemporáneas*, vol. VIII, correspondiente a los años 1930-1934. Las referencias a esta novela se harán por esta edición, Manuel Bueno, *Poniente solar*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, Barcelona: Planeta, 1966, págs. 235-494; en el cuerpo del trabajo mediante la indicación de página.

/ sol de la gloria, el último destello»,¹³ en tanto que en *Los nietos de Dantón* hay una continuada referencia al republicanismo español de los años finales del siglo XIX y a su propuesta de actuación política como remedio de los males de España (los republicanos españoles serían los nietos de Dantón), tendencia en la que no cree en absoluto el autor, de ideología conservadora, tal como afirma su sobrina en unas declaraciones al indicar que era «monárquico por tradición y por buen gusto, combatió con violentísimos artículos a republicanos y socialistas que le suscitaron animadversiones y rencores, ocasión próxima de su muerte».¹⁴ En realidad, en su última novela, de carácter generalmente histórico en torno a los años del desastre, se advierte una doble lectura, puesto que apunta también a la república de 1931 e incluye alguna reflexión que supone cierto desajuste cronológico. Así, al hablar de los revolucionarios del 68, dice de ellos que era una «prole híbrida de conspiradores y de retóricos que se apropió el país, como debían hacerlo medio siglo después los republicanos improvisados por la fortuna electoral del 14 de abril».¹⁵ Algún otro comentario de un personaje, acerca de la poesía de Juan Ramón Jiménez,¹⁶ incide en el desajuste cronológico señalado (*Los nietos*, pág. 174).

Poniente solar puede considerarse una especie de novela de aprendizaje o bildungroman, puesto que en ella se aprecia el acceso a la experiencia vital del protagonista así como la conformación de su personalidad. En torno al escritor Juan Herrera, que presenta algunos rasgos biográficos de Bueno, y a los diversos ambientes que va conociendo (la bohemia literaria, las mujeres fáciles, el amor verdadero, los desafíos, los periódicos, las reuniones intelectuales, etc.) se articula toda la narración, en la que es frecuente el comentario sobre los sucesos históricos de ultramar que se van conociendo en España por medio del periódico. La acción se sitúa en Madrid, en 1898, y ante la actitud desesperanzada de casi toda la sociedad de entonces, se nota cierta actuación positiva por parte del protagonista, como puede deducirse de su vuelta a su pueblo natal, Ciudad Rodrigo, en Salamanca, en lo que parece percibirse la idea que se preconizaba entonces y que se advierte en muchos escritores del período, traducida a veces en invitar a una profundización en los pueblos castellanos, en lo que solía ser considerado el alma de España.

¹³ Manuel Bueno, *Poniente solar*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, *op. cit.*, pág. 266.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 256.

¹⁵ Manuel Bueno, *Los nietos de Dantón*, Barcelona: Araluce, 1936, pág. 158. Las restantes citas de esta novela van en el cuerpo del texto mediante la indicación del página.

¹⁶ Un personaje femenino, Encarnación, dice: «Mis poetas favoritos son Bécquer y Campoamor... También Zorrilla los tiene muy lindos... 'El Cristo de la Vega', por ejemplo... El desdén de Saravia se hizo entonces más expresivo y categórico, pues pasó de los ojos a las palabras. —Yo no creo en más poetas que en Rubén y en Juan Ramón Jiménez... Los que usted ha citado son unos pobres rimadores para entretenimiento de niñas cursis» (*Los nietos*, pág. 174). Sin mucha claridad cronológica, la escena transcurre en los días previos al desastre colonial (cfr. pág. 196), y Juan Ramón Jiménez publica sus primeros libros, *Almas de violeta* y *Ninfeas*, en 1900; hay algunos poemas sueltos del mismo en la revista *Vida Nueva*, a partir de marzo de 1899. Sobre el concepto de cursilería expresado en las últimas palabras del personaje, cfr. ahora el estudio de Carlos Moreno Hernández, *Literatura y cursilería*, Valladolid: Universidad, 1995.

El ambiente madrileño en las vísperas de la derrota española en Cuba aparece descrito con rasgos negativos, propios de un pueblo holgazán y vacío, sin manifestar apego alguno por el trabajo ni interés en la cultura. Aunque el autor se refiere a Madrid hay que pensar que la circunstancia es parecida a la de cualquier otro lugar de España. He aquí una amplia cita en la que se expresa claramente aquella situación nefasta: «Madrid, plagado de garitos y de tabernas, era una ciudad de ociosos y de trasnochadores, en la cual bastaba un ligero barniz de señoría y un apellido de relumbrón para saltarse a la torera todas las leyes. Ser calavera y no pagar a los acreedores no sólo no estaba mal visto, sino que confería una especie de prestigio. Se vivía entonces en un ambiente de ignorancia y de falsa caballerosidad, en el que casi nadie estaba en su sitio. Ni el estadista era más que orador, ni el literato sabía nada, ni el joven de buena familia, que había venido a Madrid para estudiar, conocía los libros de texto más que por el forro. Se jugaba en todas partes, porque el español había hecho del vicio una colonia de la caridad, que le permitía sostener los asilos con lo que se recaudaba, por contribución, de los círculos. Y todos estábamos contentos, porque el español, teniendo un sitio donde opinar a gritos sobre lo que no entiende, una mesa de juego donde tentar a la suerte y una ventana para asomarse a la calle y ver pasar mujeres, se considera en la antesala del cielo. Levantarse tarde, vestirse con todo el esmero posible, comprar un periódico, con preferencia de estampas para ahorrarse la comunicación con el pensamiento impreso, que podría causarnos un desgaste cerebral y acaso una enfermedad; entrar en la tienda del limpiabotas, porque el español se preocupa más de sus extremidades inferiores que de lo que tiene sobre los hombros; y luego, provistos de tabaco en abundancia, encaminarnos a nuestros quehaceres, sin prisa, naturalmente, pues hay más días que longanizas. En el trabajo no se llega nunca a la fatiga, [ni] en las oficinas, ni en los talleres, ni en los andamios» (*Poniente*, pág. 324), etc. Como podemos advertir en el texto, una desidia generalizada y cultivada con asiduidad ha sustituido al trabajo y a una serie de valores espirituales, elementos que se evocan por contraste y que parecen proponerse como modelo a seguir.

En algunas ocasiones, Bueno señala la política como la causante de los problemas españoles: «El mal de España —escribe— estuvo siempre en que las nueve décimas partes de su personal político saliera de la legión de los despabilados, cucos de vocación, y en que la monarquía tuviese que contentarse con los servicios de hombres faltos de ideales» (*Poniente*, pág. 334). Además, a través del protagonista, Juan Herrera, asistimos a la falta de interés del español medio en la contienda con los Estados Unidos; al respecto se indica: «Lo de Cuba y Filipinas, con presentar mal cariz, no le quitaba el sueño. ¿Cómo podía vencer a la España de Lepanto y de San Quintín cuatro mulatos desarrapados y una hueste improvisada de salchicheros?» (*Poniente*, pág. 336). Ni siquiera la prensa parece tener un sentido más realista, una perspectiva más clara, del enfrentamiento entre ambas naciones. Muchos otros aspectos ambientales del 98 están presentes en la obra, en los que no podemos insistir ahora; pero todos ofrecen el aspecto de ser datos tomados de la realidad, vividos de forma más o menos directa y adobados con un ligero barniz literario.

Un esquema narrativo parecido al de *Poniente solar* ofrece la última novela larga de Manuel Bueno, *Los nietos de Dantón*, aunque ahora la acción se centra preferentemente en la redacción del periódico republicano «La democracia revolucionaria». Uno de los redactores de esta publicación adquiere rasgos de protagonista en la mayor parte del libro; se trata de Agustín Guerra, andaluz, de Chipiona, personaje enamorado y comprometido políticamente con la instauración de la república. También al final de la obra, igual que hemos señalado en la anterior narración, el lugar de la acción se desplaza desde Madrid a otro lugar, en este caso a una populosa ciudad levantina, en la que parece más fácil la difusión del ideario político que sustenta Guerra.

La acción de la obra, centrada también en torno al 98, aunque con menos insistencia en el desastre que la anterior, ofrece igualmente reflexiones y escenas de marcado carácter de época. «Fue aquel período –señala el escritor– uno de los más confusos porque ha pasado nuestra patria, pues ningún elemento de los que constituyen su musculatura política veía la realidad con lucidez. El prejuicio de que éramos invencibles por mar y por tierra iba de la prensa a las conversaciones privadas como va el oxígeno de la atmósfera a los pulmones» (*Los nietos*, pág. 43). Aunque, tal como ocurría en *Poniente solar*, las reflexiones sobre la pérdida de las colonias reflejan con preferencia las opiniones de los intelectuales, de la clase política y del ejército, también en esta novela se da opción a alguna manifestación por parte del pueblo, que no difiere apenas de los estamentos señalados; al respecto un lampista comenta al enterarse de los hechos: «–¡Gracias a Dios que nos hemos quedado sin Cuba y sin Filipinas! Aquello era una saca dineros para los políticos y una sima sin fondo que se llenaba con sangre de los pobres. ¡Se acabó lo que se daba! Mi hermano Leoncio ha desembarcado en Santander. Me dice que no trae más que la piel y los huesos. ¡Menos mal! Yo creo que ahora le daremos la patada a la monarquía. Eso le he oído decir a don Pablo Iglesias» (*Los nietos*, págs. 226-27).

Parece que la actitud final de Bueno era de cierto desengaño, de estar de vuelta de todo, tal como se aprecia en algunas palabras de su prologoillo a la que quizás fuera la última novela editada por este escritor, *El misterioso amor*, La novela de una hora, 27 de mayo de 1936. Aquí dice, entre otras cosas, refiriéndose a sí mismo: «Hoy, de retorno de todas sus esperanzas, que el tiempo ha destruido con la saña impasible con que destruye el huracán las cosechas, se divierte comunicando al lector sus divagaciones, sin el propósito de ganar su ánimo para ninguna causa. Dios, al envejecerle, no le ha dejado, como refugio, más que una indiferencia compasiva y resignada que se consuela de los entusiasmos apagados en la que llamaba San Juan de la Cruz la soledad sonora, porque está llena de los rumores del pasado y de las músicas, un poco melancólicas, del recuerdo».¹⁷ Pocos meses después de editar esta novelita de carácter amoroso y con algún matiz religioso, Bueno moriría fusilado, en los primeros momentos de confusión y desconcierto de la guerra civil española. El hecho tuvo lugar en Barcelona, hacia el 12 de agosto de 1936.

¹⁷ Manuel Bueno, *El misterioso amor*, La novela de una hora, 27 de mayo de 1936, pág. 3.